

CRONICA INTERNACIONAL

OTRA EXHORTACIÓN DE PÍO XII.

En los cuatro horizontes se ha disipado unas horas el ceño de la guerra. En un mundo subyugado por la potestad de las tinieblas, la amonestación de Pío XII derrama las claridades del Santo Espíritu, del que impetramos, como en la liturgia de Pentecostés, que nos sea "in aesti temperies — in fletu solatium", y nos asista y nos guarde. Los dones de sabiduría, de consejo y de piedad vienen comunicados en la palabra del Pontífice. Necesita la humanidad, ahora más que nunca, de los favores de la Divina Gracia, que Pío XII invoca. Se dirigía el Papa a las naciones beligerantes por tercera vez en el plazo de ocho meses. En la epístola de octubre al Cardenal de Roma Marchetti Salvagiani, un canto con reminiscencias y con resonancias de la latinidad más pura a la urbe que ha vencido al tiempo precedía a la admonición a las naciones. Renovó el Vicario de Cristo sus advertencias el 22 de febrero en su discurso a los predicadores cuaresmales en el que la inquietud por la suerte de Roma se trasmitía al orbe en frases de contorno puro, de las que se recuerdan siempre. Hablaba el Papa al mundo el 12 de marzo, en la coyuntura del quinto aniversario de su coronación. Había pedido ya a los grandes de la tierra con su discurso al patriciado de Roma que tomaran sobre sí deberes difíciles. Aquellos a quienes Dios sitúa por prerrogativas de la sangre en la eminencia como a una ciudad torreada sobre un monte deben vigilarse y exigirse más que los otros. No a la nobleza de Roma tan sólo exhortaba el

Santo Padre, sino a la nobleza de Europa, y a la preza del mundo. A más privilegios corresponden grados mayores de responsabilidad y de obligación penosa. Aludía Pío XII a ese flagelo que en el Occidente cristiano "ha ido demoliendo horizontal y verticalmente, y por así decirlo, en anchura y en profundidad la fe". A la apostasía de las masas ha seguido ciertamente la apostasía de los bien pensantes, como también la de muchos jefes de movimientos políticos. Recristianizar el viejo Occidente; ése es el deber que nos urge a todos, pero de manera singular a los que rigen pueblos o forman en las cinco aristocracias: la de la estirpe, la del oro, la del saber, la de las investiduras y la de los mandos militares. Mediten las cinco los consejos del Papa y pugnen por la verdad, que es una y la misma, en todos los tiempos y en las latitudes todas del globo. Cabe un cierto casuismo en la esfera de la moral, pero no en la del dogma. No hay dialéctica tan corruptora como la que transfiere principios de un orden que cambia, como el del Derecho, a un orden inmutable, como el de la Religión. Erigida sobre roca firme, la Iglesia está con nosotros hasta la consumación de los siglos. Ella, sobre el fluir del pensamiento y sobre las mudanzas de la Historia, nos conduce a la vida eterna.

"Haec est cymba qua tuti véhimur
Hoc ovile quo tecti cóndimur
Haec columna qua firmi nítimur
veritatis."

Nos comunica el Papa la verdad, que ni fluctúa ni zozobra con las tormentas del mundo. En su alocución del 12 de marzo Pío XII conjura a las potencias beligerantes a que palian las crueldades de la guerra y cesen en la obra de exterminio contra las poblaciones civiles. Cada una de las ciudades devastadas por los bombardeos aéreos es un acta de acusación contra una guerra ilegítima en sus métodos. No rigen en ella códigos de honor ni las normas de caballerosidad que se llamaron un tiempo leyes de la espada. O sea, que, como en el tropo de la Escritura, hasta la sal se nos torna desabrida, sin que el patriciado de Europa la resazone. La mengua en el

comportamiento alcanza a naciones con siglos de civilización, a las que la nobleza obliga. Más que ciudad alguna, Roma ultrajada, a la vez que herida en sus sillares augustos, es el mayor testimonio de la ceguera de los combatientes. Al convertir a la urbe del orbe en teatro de la guerra se consuma un acto "militarmente sin gloria y abominable a los ojos del Señor", sin gloria, y además estéril, pues que todos los contendientes saldrán de esta guerra vencidos. Hasta las ruinas, como se clamó proféticamente, están a punto de perecer en el duelo de Europa contra Europa y de la cristiandad contra sí misma. ¿Es el pecado? Aquel Donoso, que según se escribió, transfundía a sus períodos el ardor que tuesta a las dehesas de su Extremadura en el estío, nos ha dejado una página en la que se lee: "El pecado vistió al cielo de lutos, al infierno de llamas y a la tierra de abrojos. El fué el que trajo la enfermedad y la peste, el hambre y la muerte sobre el mundo; el que cavó el sepulcro de las ciudades más ínclitas y llenas de gente." Y luego de recordar que presidió los funerales de Babilonia, Nínive, Persépolis, Menfis, Sodoma, Atenas, Jerusalén y Roma, añadía: "Aunque Dios quiso todas estas cosas, no las quiso sino como castigo y remedio del pecado." No sabemos nosotros si es así, pero comparativos difícilmente el ardor enjuto de estas imprecaciones que deslumbran como centellas.

En el mensaje del Papa la caridad mitiga el daño de nuestras acciones, que nos siguen y nos piden cuentas. Confiamos en que la misericordia divina alcance a las naciones que se están arrasando entre sí y en que antes de que los muertos entierren a los muertos prevalezca la palabra del Pontífice, y con ella la inextinguible sabiduría de la Iglesia.

LAS FUENTES DEL ORINOCO.

Redescubiertas por la aviación las fuentes del Orinoco, van a ser revisados los límites que separan Brasil y Venezuela. Zonas inaccesibles, hasta ahora, por monte o por la vía fluvial, entregan su secreto a los nautas del aire. Cartografía y fotometría trabajan juntas para dar a cada país lo que es suyo. Cuatro ríos salían del Paraíso terrenal, y eran, según un andaluz,

regueros de lágrimas. Esta es imagen de cante jondo, pero sé-pase además que el andaluz era de sangre judía. Cuando Colón, en sus éxtasis del descubrimiento, vió el Orinoco, imaginó que este río era uno de los cuatro en que se miraba el Edén con las primeras auroras del mundo. Y D. Antonio de León Pincedo, en su *Paraíso del Nuevo Mundo*, agota su sabiduría para rebautizar a los cuatro ríos del Génesis. El Phison es, según Pincedo, el de La Plata, y el Gehon el Amazonas, el Hidkel el Magdalena y el Perat el Orinoco. Ese libro era un grueso infolio que se hallaba inédito desde hace siglos en la Biblioteca Real de Madrid. Un gran amigo de España, el historiador de Pizarro, D. Raúl Porras Barrenechea, ha publicado, en Lima, la obra, con ocasión del IV Centenario del Descubrimiento del Amazonas, D. Antonio de León Pincedo era un hombre de bien, del Consejo de Su Majestad y su Oidor en la Casa de Contratación de las Indias, en la ciudad de Sevilla. Ayudó a Solórzano y Pereira a recopilar el Derecho indiano y fué uno de los humanistas más doctos de su tiempo. Aunque cristiano sin tacha, llevaba sangre judía, y con ella el gusto por las tierras de promisión o por el paraíso perdido.

El don de creación, la llama se le fué asfixiando bajo el peso de muchos millares de volúmenes.

No se es erudito impunemente casi nunca, pero para nadie es la vida un parque de atracciones. Ahí está, en todo caso, *El Paraíso del Nuevo Mundo*, con un prólogo magistral de Raúl Porras, en quien saludamos a los amigos del Perú. Más aún que el mismo Pincedo amó a los ríos de América, y muy singularmente al Orinoco, Alejandro Humboldt.

Volvió el geógrafo de su viaje al Nuevo Mundo en 1804, y vivía en París entre esa fecha y 1827. Frisaba en los cincuenta y cinco cuando Boussingault fué a verle a la casa en que vivía, en uno de los muelles del Sena.

Retratos de hacia 1824, hechos con luz de poniente, nos dejan ver un Humboldt con la cabeza casi blanca y el rostro picado por la viruela que el viajero contrajo en Cartagena de Indias, a la que el poeta cantó mucho después:

*Cartagena de Indias tú que a solas
entre el rigor de tus murallas fieras
crees que te acarician las banderas
de pretéritas huestes españolas.*

*Tú que ciñes radiantes aureolas
desenvuelves soñando en las riberas
la perezosa voz de tus palmeras
y el escándalo eterno de tus olas.*

Padecía Humboldt una parálisis del brazo derecho que le sobrevino por dormir sobre hojas húmedas en las orillas del Orinoco. Cuando quería escribir o dar la mano levantaba con la izquierda el antebrazo paralizado. Es así como le vió Bous-singault, y así le vemos con su casaca azul y su pantalón rayado y con más nobleza en el ademán y en el porte que en la ropa. Del cuarto en que Humboldt trabajaba en París habló el visitante: "La mesa estaba cubierta de cálculos numerosos y logaritmos. Cuando ya no había espacio para una sola cifra venía el carpintero y pasaba una garlopa. No se veían libros allí, no siendo alguno que otro, como las Tablas de Callet y el *Conocimiento de los tiempos*. Cinco años después partía Humboldt para el Asia Central, los Urales, el Atlas, la Dzungaria y las cercanías del Caspio. Humboldt, en la senectud, era la cumbre con nieve que dominaba el paisaje espiritual de su tiempo. A los ochenta y cinco escribía: "El amor al saber, en cuanto amor, remonta el curso del tiempo y rescata, ya que no juventud, sí ardimiento y fuerza. Volvería a los países del Nuevo Mundo que me apasionaron, pero muy singularmente a los que rodean el Orinoco."

¿Quién no ha leído en el *Viaje a las regiones equinociales de América*, la descripción de las dos cataratas de Maypures y de Atures? "Allende las grandes cataratas se extiende un país desconocido. La comarca es en parte montañosa y en parte llana, y recibe al mismo tiempo afluentes del Amazonas y del Orinoco. Por la facilidad de sus comunicaciones con el río Negro y Gran Pará parece pertenecer más bien al Brasil que a las Colonias españolas. Ninguno de los misioneros que ha descrito el Orinoco antes que yo, ni el Padre Gumilla, Gili, ni Gaulin, han pasado el Raudal de Maypure."

El solo nombre del río nos puebla la memoria de resonancias de estos libros de viajes ¡Humboldt!: La avidez con que le veíamos a los veinte años era zona tórrida, asimismo, pero por la avidez vivimos y trasvivimos. Aquel que pase por el saber, como por el amor, sin fiesta ni suplicio, hágase funerales en vida. Es un tibio, y no ejerce ni justicia ni misericordia. Con los de su especie no se hizo América, ni se hace ni se hará nunca nada.

Un recuerdo es oportuno aquí. Humboldt conoció en el Nuevo Continente la hospitalidad, y en cierto modo la ventura. Un talismán —decía el geógrafo— me ha abierto puertas y corazones. Esta llave era la autorización expedida en mayo de 1779 por Carlos IV en Aranjuez, en los términos que siguen:

“Ordena Su Majestad a los Capitanes Generales, Comandantes, Gobernadores, Corregidores y demás justicias no impidan por ningún motivo la conducción de los instrumentos de Física, Química, Astronomía y Matemáticas, ni el hacer en todas las posesiones ultramarinas las observaciones y experimentos que (el Sr. de Humboldt) juzgue útiles, como tampoco el coleccionar libremente plantas, animales, semillas y minerales, medir la altura de los montes, examinar la naturaleza de éstos y hacer observaciones astronómicas y descubrimientos útiles para el progreso de las ciencias; pues por él contrario, quiere el Rey que todas las personas a quienes corresponda den al Barón de Humboldt todo el favor, auxilio y protección que necesite.” Como la expedición de Humboldt, los Reyes han patrocinado aquí no pocas de científicos extranjeros. Humboldt elogiaba mucho a los naturalistas españoles que estudiaban América. De Mutis nos legó una semblanza en *Plantas equinociales*, y de Jorge Juan más de una. Mucho dijo también, y bueno, de Vées el botánico, del viaje de Malacspina alrededor del Mundo y de los Elhuyar, Cavanillas, Zca, Ruiz, Olmedo, Caldas, Pavón, Vicente Cervantes y tantos otros...

Con amar tanto al río Orinoco no bebió en sus fuentes, ni supo dónde estaban. No lo supieron después orinoquistas como Michelena y Rojas, o Roberto Schomburgk, ni más recientemente, Hübner, ni los científicos de la expedición Koch-

Grünberg, promovida por el General D. Juan Vicente Gómez, que en el despotismo ilustrado fué lejos, y en el no ilustrado hasta donde pudo. Estos científicos descubrieron allí, donde nadie había llegado, tribus que hablaban un dialecto español.

Cuando hace cerca de un siglo se intentó vedar el acceso a la región cauchífera del Amazonas, el Brasil y Venezuela estipularon que la línea fronteriza fuera la del "divortium aquarium". O sea, todos los ríos que vierten al Amazonas, con sus cuencas, serían para el Brasil; todos los que vierten al Orinoco, con sus cuencas, para Venezuela.

Ignoraban aún que el Casiquare une los dos grandes ríos de América. A la línea del "divortium aquarium" siguieron otras que las Comisiones de técnicos iban rectificando. Una de estas líneas, que delimitada por las cordilleras de Imery, Coraperó y Tapitoréco. En la confluencia del meridiano 64 Oeste con el paralelo 2 Norte se erguía el Pico Fernando de Lesseps en el que se supuso que brotaban los borbotones trémulos del primer raudal del río. Luego se vió que no era así, y hubo litigios y hasta algún arbitraje sonado, como el del Rey Eduardo VII de Inglaterra.

Después de tantos viajes, rectificaciones cartográficas y de pleitos entre Estados, seguía habiendo una zona de nadie que es la zona en que se dividen las aguas que vierten al Orinoco y al Cuyuni por el norte, y al Amazonas por los ríos Branco y Negro al sur. Con los reconocimientos de la aviación, esa zona de nadie quedará netamente delimitada. Si el Orinoco naciera en la vertiente occidental del Pico Fernando de Lesseps, nacería en territorio venezolano. Dicen los aviadores que exploran estos días las fuentes del río, que la vena de agua que brota en la cumbre Fernando de Lesseps es tributaria de otro caudal cuyos hontanares surgen en territorio brasileño. Los grandes ríos son no de donde nacen, sino de donde se hacen. El Orinoco se hace en Venezuela, y ha sido español como los otros tres ríos bautismales del paraíso del Nuevo Mundo: el Magdalena, el Plata y el gigante Amazonas, que bebe de mil ríos menores, y cuya cuenca de siete millones de kilómetros cuadrados corresponde a siete países: Venezuela, las Guayanas, Ecuador, Colombia, Brasil, Perú y

Bolivia. A una nación como España, que ha descubierto la unidad física y moral del planeta, lo que suceda en torno a los grandes ríos de América no puede serle ajeno.

EL ASALTO A LA FORTALEZA EUROPEA
Y LAS FLUCTUACIONES DE ÁNGORA.

De vigía a vigía en el baluarte costero que va de Narwic a Hondaya corre el alerta en mil quinientas millas. Durante treinta y seis meses ciento cincuenta mil hombres se han apresurado en un largo jadeo a construir bastiones con puertos, bahías y estuarios. Al lado de estas obras, la muralla china que se irguió contra mongoles y manchúes es un juego de enanos. No se había planeado jamás un sistema defensivo como el que agrupa ya fuertes y campos de minas, que escapan a la auscultación de toda suerte de detectores.

Las instalaciones gigantescas de Francia y del litoral belga pierden profundidad a medida que se extienden hacia los Países Bajos, Dinamarca y Noruega, pero nunca ha habido otras iguales. ¡Cómo se nos vacía de sentido nuestra frase "contra el mito de los titanes la santa noción de los límites"! Nace con la guerra el cañon de una ingeniería militar absolutamente ciclópea. Cientos y miles ya de *bunkers* albergan a los submarinos de las fuerzas navales de contrainvasión que Roeder manda. Entre Dunckerke y Calais las fortificaciones ganan una extensión de cuarenta millas tierra adentro. Desde detrás, las divisiones *panzer* y las de granaderos, motorizadas, pueden caer como el rayo sobre la zona de cobertura en peligro. Catorce mil cañones amparan la costa, pero las máquinas de batir de tierra adentro redoblan la solidez del reducto. Y hay todavía, en las fronteras del Reich, la "Siegfried Line".

Añadamos que las fortalezas no son como en la Gran Guerra moles rígidas de comunicaciones subterráneas sino se escalonan en fuertes autónomos, no visibles desde el mar o desde el aire, y en millares de nidos de ametralladoras y antitanques. Las zonas invadidas pueden ser evacuadas en horas, y éste es ya un triunfo previo. Cinco mil palancas mue-

ve el mando en la guerra de hoy, dice humorísticamente un general de los avezados a él. Entre las cinco mil se cuentan las que sirven para alejar del fuego a las poblaciones civiles, y con ellas animales, transportes, víveres, instrumentos de trabajo y hasta albergues por piezas. Las zonas de Dunquerque, Calais, Lille, El Havre, Ruan, Cherburgo, Brest, Lorient, Nantes y Burdeos, se quedan estos días sin ancianos, mujeres ni niños, a los que la evacuación protege y salva. Tres millones de combatientes esperan en Europa el desembarco de las divisiones aliadas. Las cifras de guerreros que en los cantares de gesta eran el mentir de las estrellas, nos parecen ya irrisorias. Doscientas divisiones, según el plan que Eisenhower expuso en El Cairo están ya prontas para el asalto. De ellas, cincuenta y dos inglesas, mientras las otras ciento cuarenta y ocho se nutren con norteamericanos y canadienses. Cien son motorizadas y esperan ya en territorio inglés, en Islandia y en las Islas Feroe los aviones que han de conducirlos al Continente. Las otras cien serán transportadas por mar, y sumado el tonelaje de las unidades de protección, transporte y desembarco, no bajan de veinte millones. Se nos ha contado cómo son las armas de los equipos ligeros y de los equipos pesados. En los primeros, hay ametralladoras Breno y Sten ultraveloces, y unas Vickers de último modelo que pueden disparar proyectiles de humo a alto explosivo a la distancia de dos mil yardas. Otras, y ante los morteros singularmente, las que Wells imaginó para el año dos mil, y aun para el tres mil son anacrónicas. De los utopistas, como de algunos comediantes, unos años después, se exhala un gran hastío. Montgomery diría que los guerreros de Wells han inventado para expedirse al más allá algo así como la espingarda. Bien es cierto que esas armas del equipo pesado de la invasión, cañones antitanques o cañones antiaéreos, como esos Bogors que disparan 160 proyectiles por minuto y mantienen a los aviones a la altura de los cuatro mil metros, y esos puentes de asalto de la infantería para cruces cortos, y esos otros sobre discos plegables serán un día viejos. En tanto no lo sean, que nuestro asombro siga a las armas de hoy y las honre ya que no las maneje. Dos Cuerpos auxiliares, el Royal Army Service Corps y el Royal Army Ordnance Corps, está al ser-

vicio de las divisiones de asalto, cuya providencia hora a hora son. Sin estos Cuerpos, las legiones de Roma rediviva serían haces de tullidos y lisiados. Cincuenta mil aviones con más de 300.000 aviadores participarán en el ataque a Europa. A lo largo y a lo ancho de Inglaterra, por cada cinco kilómetros de recorrido lineal hay un aeródromo. Súmense a los 300.000 aviadores los paracaidistas, y a los cincuenta mil aviones los de transporte y los de carga con planeadores que se han fabricado en cantidad fabulosa. No descansa el Mando para el dominio del mar en los veinte millones de tonelaje, sino que fuerza a los astilleros a trabajar por turnos las veinticuatro horas del día. Así y todo, ha dicho Eisenhower, la magnitud de la contienda próxima nos prohíbe contentarnos. "Más, mucho más todavía, más y más siempre; éste es nuestro grito a los astilleros como a todas las factorías de materias de guerra."

Millares de barcasas de unos cincuenta tipos están a punto, y otros tantos lo están para cubrir bajas. La que según los peñitos, dará más juego es la barcaza oceánica L. C. T., ligeramente acorazada, a la que impulsan dos motores Diessel, de 500 HP. Puede la L. C. T., tripulada por doce hombres, acomodar en su interior tanques, camiones o cañones móviles, sobre plataformas de acero. Mas suspendemos esta relación, a la que con fecha muy próxima habrá que volver. Junto a los grandes jefes norteamericanos o ingleses, como Eisenhower, Montgomery, Tedder, Leigh Mallory, Ramsay, Spaat, Bradley, Franklin, preparan el asalto al baluarte europeo, Van Strydonck de Burkel, Teniente General que manda las fuerzas, y H. de Phaff, General en jefe de las holandesas; Wilhelm Hanstein, de las noruegas; Serges Ingr, de las checoslovacas; Sornkowski, de las de Polonia (Mac Vaughten, General en jefe canadiense, ha regresado enfermo a su país). A ellos ha aludido Churchill al vaticinar en su discurso del domingo 26 de marzo: "Es posible que seamos objeto de nuevas formas de ataque por parte del enemigo. La Gran Bretaña puede aguantar, pues que nunca flaquea ni desfallece. Cuando suene la señal, el círculo costero de las naciones vengadoras se cerrará sobre el enemigo." "En ese círculo, comenta un diario inglés, estará también Turquía." ¿Pero estará? En 1938

Ismet Pachá era exaltado a la Presidencia de la República turca, cinco días antes del fallecimiento de Ataturk el Ghazi. Quiso Ismet continuar la obra de Ataturk, fundador de la Turquía de los tiempos nuevos. Sin asumir en el grado de esta figura el rectorado, la reforma y la salvación de su pueblo, Ismet ha sabido desvivirse para que el resurgimiento otomano no se interrumpa. La política exterior de Turquía es lo que ha absorbido más el celo del Presidente. Política difícil la llama el propio Ismet antes de la guerra, y ahora es más difícil que entonces. La opción en el juego de alianzas del Continente es opción patética por el volumen de lo que se elige como por el volumen de lo que se rehusa o elimina. Los turcos tienen demasiada estirpe para ser pajes de armas. En las conversaciones últimas entre Churchill e Inonu, en presencia de Roosevelt, como antes en las de Eden y Menemenglu, Turquía no insinuó que su suerte está echada. En los diálogos entre la misión militar que Londres envió a Angora hubo la cordialidad que el protocolo consiente. Washington, más que Londres, suministraba material de guerra muy moderno a la República turca, acogida a la ley de Préstamos y Arriendos. Pero esta ley es de toma y daca, y no favorece sino a los Estados que sirvan la causa aliada. Turquía fluctúa como Hamlet príncipe de los indecisos, pero no porque dude como él y no se conozca, sino por razones mucho más simples. Si recibe envíos de Inglaterra y de los Estados Unidos, los recibe también de Alemania y los recibiría de Rusia, a la que le unen cinco pactos. Recientemente *The Times* se ha dolido de la actitud de Turquía, pero más que de sus fluctuaciones, de que Angora suministre al Reich materias primas y entre ellas una tan importante como el mineral de cromo. Cuando la misión militar inglesa abandonó, antes de la fecha prevista, el territorio otomano, en Londres se habló por boca del *Times* de "crisis de confianza de Londres para con Angora". Pisando los talones a la misión castrense salió para El Cairo Sir Huggessen, embajador de Inglaterra en Turquía.

A la suspensión del envío de armamentos angloamericanos las naciones que los reciben se habitúan como a un contratiempo más. ¿Cambiará Turquía su actitud cuando millones de

combatientes asalten desde Inglaterra al viejo continente? Ismet Inonu no está seguro de que se consume la invasión.

Seguro, ¿quién está?

EL "PANDEMONIUM" YUGOSLAVO.

El prior nos hablaba del silencio del claustro en su abadía. "Es tan denso —nos dijo— que llega a cuajar y lo cortamos en barras, que los ingleses nos compran a peso de oro. Vale más aún que la seda que algunas misiones traían de los bazares chinos de Hang-Tcheu, y que era luz tejida."

Mucho vale el silencio y mucho valen también la distancia y la ausencia. Con los tres bienes juntos el hombre que se aísla es un rey en el destierro. Pero hay reyes expatriados, como Pedro de Yugoslavia, a quienes ni el callar, ni el estar ausentes contenta. Este soberano ha ido a Londres para seguir de cerca la insurrección de sus guerrillas yugoslavas. ¿De cerca? Su Gobierno las sigue desde El Cairo, en donde el Rey Faruk le concede asilo. La palabra "guerrilla", como otra "pronunciamento", pasó de nuestro idioma a los idiomas vivos de Europa, y la palabra "desesperación" también. Yugoslavia rebautiza ahora esas voces y las fragua otro temple. La guerra de guerrillas es allí guerra de acechos y celadas, que trae en jaque a estrategias de altura.

Así fué entre nosotros, cuando el Empecinado tenía a raya al general Hugo, vencedor de Frá Diávolo y padre del poeta, o Espoz y Mina batía con sus brigantes en escaramuzas prodigiosamente elásticas a ases del corso como Massena, Harispe o Cafarelli. Hasta cien guerrillas da España a la guerra de la Independencia, y siglos antes las había dado igualmente. Hubo después, en 1813, que ajusticiar a algunos, cuyas cabezas se irguieron contra el Deseado, como fortines de sedición o de motín. Cabezas de brigantes hay también en Yugoslavia que están retando al hacha porque son de patriotas, pero son, además, de conspiradores. Los primeros en alzarse en armas en territorio yugoslavo fueron los *chetniks* de Mikailovites que defendían contra el invasor la tierra y los muertos. Eran nacionalistas y cebaban sus fusiles al grito de "¡Viva el Rey!" En

las arengas de este jefe no faltan alusiones al Imperio de los Nemanitch, que sujetó a sus yugos a bosniacos, croatas, albaneses, herzegovinos, dálmatas, macedonios, eslavones, sirmios y búlgaros —o a los héroes como Rigas o a Milosch Obrenovich, que son héroes de la Independencia—. No quieren los *chetniks* expiar en sus hijos el pecado de ser hijos de sus padres.

En las generaciones de hoy reviven las de ayer, y somos, en todas, antepasados que vuelven. Hasta como doctrina es embriagante el mito, o más bien la fabulación, de la cadena del eterno retorno del hombre. Su transparencia le añade profundidad para que este piélagos de luz no nos anegue. Digamos no retorno, sino sucesión, o simplemente continuidad. Lo mejor en las doctrinas y en las ciudades es que están hechas, como Atenas o París, a la medida del hombre... El clasicismo es modestia, y recordarlo es oportuno hoy más que nunca. Los *chetniks*, pucs, se agitaban por la continuidad de designios de Yugoslavia. Los *partisans* de Tito son guerrillas de otra especie, pucs que se batan por el triunfo del comunismo. Son Moscú, contra Roma, y hacen a un tiempo la revolución y la guerra. No son eso solamente, porque en las levas de Tito entran croatas y eslovenos, que ponen la autonomía sobre todo. En las facciones de Yugoslavia, el blanco y el negro se ajedrezan provisionalmente en el mismo tablero. Van contra los alemanes; pero es —lo sepan todos o no— Moscú quien los mueve. De los *condottieri* de las Repúblicas italianas se dijo que envejecían entre el peto y el espaldar. Los de Tito se dan prisa a pelear y caer, pero más como insurrectos que como combatientes. Teme, por eso, el Rey Pedro que los *partisans* comprometan la causa nacional en el grado mismo en que la sirven. Tito se llama mariscal, y sabe que el uniforme modela a quien lo viste. Es *condottiero* en armas; empezó en su país como empezó, hace siglos, el Colleone en Venecia. Como este general, en San Zonipolo, quisiera Tito tener, en Sarajevo o en Zagreb, estatua ecuestre. Para que algún Verocchio oriental se la haga, lucha contra los alemanes a la vez que lucha contra los *chetniks*, en territorios liberados de Croacia, junto al ferrocarril Fiume-Zagreb, o en la vieja Eslovenia. ¿Hay modo de conciliar allí a las facciones que toman su bien donde lo

¿encuentran? El Rey ha roto el silencio para afirmar en Londres que sí. Fué en vísperas de su boda con la Princesa Alejandra de Grecia. A los veintiún años, desde lejos y enamorado, no va a ver claramente nada. Menos una guerra que agita turbiamente discordias civiles, y una revolución con sus carnestolendas de sangre. Desde cerca, con las lunas de miel apagadas, y con los setenta y dos años que reparte entre sus dos hombros, el Rey Haakon de Noruega, mientras comparte el destierro con Guillermina de Holanda, y con Pedro II, Karageorgevitch, no se vería tampoco claro en el "pandemonium" en que Tito es una fuerza ciega más.

VIRGINIO GAYDA.

Licenciados los haces victorios, la suerte ha sido adversa para Gayda. Una bomba enemiga le ha matado en los cuarteles de invierno. De los escritores del fascio, unos eran el lujo, otros la conciencia, otros, en fin, el fervor de cada día. Gayda supo ser, alternativa o simultáneamente, si no lujo del partido sí conciencia y llameante ardor. A enunciar doctrina prefería contender desde las posiciones que el momento político inexorablemente decretaba. Más que la pasión destilada en teoría late en su obra el conocimiento y el gusto del combate. "Nuestro pesimismo sobre el hombre y sobre su naturaleza y su condición --afirmaba el Duce en su glosa a Maquiavelo--, es un pesimismo entusiasta." De él partía Gayda para entender a fondo la estrategia del fascio y ordenar en la lucha sus razones. Al pueblo, dijo alguna vez Chesterton, hay que darle no la razón, sino argumentos para que la tenga, hasta cuando no la tiene. Gayda le forjó argumentos al partido no sin blindarle contra los argumentos contrarios. Era un polemista y un táctico sagaz en la contienda que Mussolini acaudilló. "Marchiare non marcire"; marchar, no marchitarse fué la divisa de uno de los cuadrunviros hace veintidós años. Lo que quiso ante todo también Gayda fué que su partido y su nación marchasen para acometer grandes empresas. ¿Fué, como se creía, el portavoz de las más altas esferas del fascismo? Lo fué, aunque no le llegasen diariamente consignas del Palacio Chigi o

del Palacio de Venecia... Muchos gobernantes de Italia las recibieron, en cambio, de los artículos del polemista de *Il Giornale d'Italia*.

A todos, grandes y pequeños, les forjó Virginio Gayda los argumentos de orden internacional, con los que se hacían oír más allá de los confines patrios. Estudiaba el periodista las cuestiones luego de allegar los datos precisos. Eso, al parecer, no es demasiado; pero con frecuencia, allí y aquí, y ¿dónde no?, lo es todo. Lo primero que se pregunta un periodista que ame su oficio es esto, sencillamente: ¿De qué se trata? Sin los datos netos —de la Historia, de la Geografía o del Derecho político— no acertará el escritor a escribir el artículo que millares de lectores esperan. Gayda supo estudiar las cuestiones apasionantes y exponer ágilmente y con gran concisión criterios suyos que coincidían o que concordaban al menos con los del Estado. En Europa y en América los grandes diarios resumían constantemente el parecer del escritor sobre las figuras, hechos o vicisitudes de nuestro tiempo. Le hemos leído desde que el senador Frassati le envió a Viena, y más aún desde que en el *Messaggero* narraba como en unas memorias del tiempo presente la caída del zarismo y el orto de Lenin. Conocía Gayda Rusia como casi todos los países de Europa, directamente, por haber residido en ellos. Asistió a muchas Conferencias internacionales celebradas entre las dos guerras. Hablaba cinco idiomas y escribía diariamente no menos de nueve mil palabras. ¿Demasiado? Sí, quizá; y si diariamente también se le leía, aquí como dondequiera, discrepar de sus pareceres nos fué, en ocasiones, un ejercicio tónico. Séale la tierra leve, y que los suyos le preserven del olvido.

ANTE LAS OCUPACIONES DE HUNGRÍA Y DE RUMANIA.

El Führer Canciller recibía el 17 de marzo, en su Cuartel General de Polonia al Regente de Hungría Horthy de Nagibanya y a su Ministro de la Guerra, General Csataj; al de Asuntos Exteriores, von Ghyeza, y al Jefe del Estado Mayor magiar General Szombathelyi. El 19, divisiones del

ejército del Reich ocupaban Hungría. Al acontecimiento seguía fulminantemente la destitución del Gabinete de Kallay, al que ha reemplazado uno presidido por Sztojay. Este Gobierno es, según el portavoz de la Wilhelmstrasse, el albacea del testamento político de Goemboes, jefe de los nacionalistas húngaros. Sztojay fué el segundo de Goemboes y su enlace en Berlín con el Gobierno alemán. Escribimos horas después de los sucesos, y Sztojay no ha expuesto todavía sus planes. No va a definir ni a justificar ahora actitudes que probablemente no ha premeditado. No llega al poder para litigar doctrina o para oponer un programa de gobierno a otro programa al que impute laxitud o impureza. No se trata, en momento tan turbado, de abolir ni de revocar principios con que una situación quiera legitimarse. No se trata, ha dicho Kunder, Ministro de Comercio, de salvar una teoría sobre el Estado, sino de salvar al Estado mismo. Un alto riesgo nos acecha, ha agregado Kunder, y más que nos acecha nos sitia. Es el bolchevismo, al que sólo la Wehrmacht puede contener o desbaratar. Ese riesgo nos impone deberes que hemos aceptado con lealtad. Nos ligan al Reich compromisos que la fraternidad de armas hace más imperiosos. En las querellas que los grupos políticos se mueven, allí no osaremos dar ni quitar la razón a unos o a otros. La cortesía, que es en la nación que ha dado tantos caballeros una obra maestra, sabe ocultar al visitante estos pleitos. La Hungría que hemos visto es la Hungría en que se hermanan abolengo, dignidad y entereza. Un académico francés, hoy ministro del Mariscal en Vichy, asegura que en sus largos viajes no ha encontrado país cuya singularidad sea tan atrayente como la de Hungría, no siendo la de España. "Conservando por una parte —escribe— las huellas de su origen finés y cargado todavía, por otra parte, del espíritu de las estepas, la nación húngara ha defendido Europa sin ser enteramente europea, y su llanura herbosa y la puszta no parece serle tan querida sino en cuanto es una miniatura de los espacios asiáticos de los que procede." Sí, y sus héroes singulares también han creído alguna vez, como los nuestros, que la derrota es el trofeo de las almas bien nacidas. Sabían perder, y como los de aquí, renunciar, pero han fundado linajes, y la historia que escribieron con sangre, tan-

to como historia es leyenda. Antes que por la obra de los poetas húngaros pasa por su vida legendariamente también el viento de las batallas. Petöfi, por ejemplo, toma su vida en alto y la ofrece, como Lord Byron, por la libertad. Pero el inglés expira entre sus íntimos después del combate en que se ha inmolidado por Grecia, y Petöfi desaparece en él. El poeta se dice que no ha muerto, y desde no se sabe dónde tornará a su patria para combatir de nuevo por la libertad de los suyos.

Un aviador francés, Guynemer, se perderá años después en otro combate cerca del cielo, y los astrónomos de París resuelven dar el nombre de Guynemer a una estrella. "Este muchacho, comentará por cierto una dama que le quiso, este muchacho era de condición errabunda y no se dejaba ver sino algún minuto que otro. Yo hubiera dado su nombre no a un lucero, sino a un cometa." Petöfi no ha muerto, y algo que es suyo alienta en la "puszta". Es él quien canta a la llanura y hasta la oprime con una cierta magia a los montes de Rousseau y los lagos de Lamartine. Petöfi, desaparecido en 1849, ha sido para nosotros, noventa y cuatro años después, presencia y compañía. Como él otros compatriotas suyos del siglo XIX se dejaban querer de cerca: así Semsey el mecenas de las Ciencias naturales, Nicolás Konkoly Thege el astrónomo, el Conde Alejandro Apponyi el bibliófilo, Samuel Teleky el explorador, cuyo nombre lleva un volcán a orillas del lago Rodolfo, y Jokay el cuentista, que en su estatua de Budapest está sentado, como Trueba en la de Bilbao, y se deja dar familiarmente los buenos días.

El territorio húngaro sufrió con la paz del Gran Tratado mutilaciones de las que ultrajan más aún que hicieron. Tuvo Hungría que ceder la Eslovaquia y la región subcarpática a los checoslovacos, el Banato oriental y la Transilvania a los rumanos, y Croacia, Baeska y Slavonia a los yugoslavos, y Fiume, en fin, a los italianos. De tener 324.851 kilómetros cuadrados, con 21 millones de habitantes, pasó a tener 105.655 kilómetros con ocho millones de almas.

Otra nación, Bulgaria, fué mutilada a su vez por el Tratado de Neuilly. Había esta nación cedido ya a Rumania, en 1913, la Dobrudja meridional, y cedía por el tratado al reino

servio-croata-esloveno las tierras del Struma y del Vardar, y a Grecia las de Gomudjina y Xanti, en la Tracia Oriental. Hungría y Bulgaria se avenían sin avenirse a esta amputación de territorios suyos en cuerpo y alma. Los daban reivindicando desde el primer instante la soberanía sobre ellos. Contra las donaciones, pero más contra Hungría, constituyeron la Pequeña Entente las tres naciones beneficiadas por los tratados de la postguerra: Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania, a las que los aliados occidentales ayudaban con la segunda Gran Guerra. Se produjeron las mudanzas que todos recuerdan.

Checoslovaquia, que fué nación por el tejemaneje de Versalles, dejó de serlo, y ésta fué la señal de las transmutaciones a que después hemos asistido. Anunció el Reich que Hungría y que Bulgaria recibirían pronto compensaciones territoriales para que la fraternidad en armas de las dos naciones con el Reich recuperase virtud. Los Condes de Teleki y Csaky, Presidente y Ministro de Asuntos Exteriores de Hungría, se entrevistaron en Munich con Hitler, Ribbentrop y Ciano. Plantearon en esta reunión los gobernantes húngaros las reivindicaciones mínimas del pueblo de los Hungari y los Kossuts. Pedían territorios de los que cedieron por la paz del Gran Trianón, y Rumania se dispuso a defenderse. Gigurtu, primer Ministro con el Rey Carol, y Mainolescu, que regía el departamento de Asuntos Exteriores, conferenciaron el 25 de julio de 1940, en Salzburgo, con Ribbentrop, y el 26 en Berchtesgaden con el Führer, y el 27 en Roma con el Duce. El día 26, por su parte, el Presidente y el Ministro de Asuntos Exteriores de Bulgaria, Filof y Popof, fueron recibidos por Ribbentrop en Salzburgo, y el 27 por el Führer Canciller en Berchtesgaden. Hungría vió cómo se le trocaba la suerte, y lo que fué menguante se le convertía en el cielo de Europa en creciente. Ya en 1938, con la anexión de los sudetes al Reich, había recobrado la Alta Hungría eslovaca, y en 1939, con la disolución de Checoslovaquia, la Rutenia subcarpática, y en 1940, después de las entrevistas, y en virtud del arbitraje germano-italiano de Roma, adquirió la mitad de Transilvania. A Bulgaria se le cambió también el sino, y aunque nunca un golpe de dados ha abolido el azar, el del Convenio de Craeovia le

supuso al Rey Boris 23.000 kilómetros cuadrados en la Dobruja del sur.

Rumania, alarmada, destronó al Rey Carol, y bajo el cetro del joven Rey, gran "voevodo" de Alba-Julia hasta entonces, y el rectorado político del Mariscal Antonescu supo instaurar a tiempo el régimen totalitario y suscribir el Pacto tripartito.

No será menester que recapitulemos los episodios que pusieron a Grecia y después a Yugoslavia en frente de las naciones centrales. Derrotadas las dos, fueron repartidas. Surgió Croacia y vimos cómo los vencedores retribuían a los pueblos adheridos al pacto y se retribuían, a su vez, con la misma largueza. Las islas dálmatas fueron para Italia; la Macedonia yugoslava, la Tracia oriental y las islas de Samotracia y Tassos para Bulgaria; la Bacska para Hungría. A la nación rumana se le prometían grandes compensaciones en el Este.

En un resumen en el que Pedro Gómez Aparicio condensaba para *Arriba* magistralmente las vicisitudes de sesgo alterno en la guerra, se escribió: "El 7 de diciembre Inglaterra declara la guerra a Rumania, Finlandia y Hungría; el 13 Hungría y Rumania lo hacen a Estados Unidos. Las tropas rumanas realizan su sueño de trasponer el Dniéster y conquistar Odesa; asaltan, al mando de Manstein, la fortaleza de Sebastopol, pasan el estrecho de Kerch, penetran en la Ciscaucasia, toman Novorossisk y luchan en Stalingrado. Las húngaras descienden de los Cárpatos, irrumpen en la Galitzia oriental, atraviesan el Dniéster, toman Tarnopol, cruzan el Bug, intervienen en la conquista de Nicolaiev y arriban a las márgenes del Don.

No hay mejor aglutinante de elementos heterogéneos que la fortuna próspera. La ofensiva sobre la U. R. S. S. es arrolladora, y el éxito aglutina los esfuerzos de todos. Hasta que en diciembre de 1942 se produce en el Don la contraofensiva roja."

Sí, y el resto está muy cerca de nosotros. A la fortuna próspera ha seguido en el Este la fortuna adversa. Un torrente de energía ciega avanza hacia los Cárpatos, que han sido siempre antemurallas y bastiones de la civilización.

Al amparo de este baluarte ha vivido mil años en la gran llanura Hungría, a la que el Reich, en un toque de rebato,

previene estos días contra el riesgo. La guerra ha segado levadas ardientes de magiares que eran la esperanza de la nación en que tantas generaciones se han transmitido el culto del honor con la antorcha de la vida. Hungría, además de sus hombres, puede prestar el esfuerzo de su industria y la riqueza de sus campos. Se había la nación autorizado una tregua y retiró recientemente sus divisiones de primera línea... Pero el torrente ruso golpea ya con empuje el baluarte externo de los Cárpatos. Alemania le exige en este trance que, una vez más a lo largo de su historia, dé cuanto pueda y más, porque la disyuntiva es inexorable, y o se gana o se pierde todo. Y recordamos un documento que vimos en Budapest, y por el que nos enteramos que en la Dieta de Worm, en 1521, el gran humanista Hieronimus Balbus declaró "nullum est hominum genus cui plus debeat Christina Religio quam Hungarico rubori de virtute". Una vez más habrá de combatir caballerosamente por los demás, tanto como por sí misma.

* * *

Al cerrar el número se nos comunica que las tropas del Reich han ocupado también Rumania. El comentario a esta segunda noticia fluye del comentario a la primera, y es uno con él y en lo esencial el mismo. Las ocupaciones de territorios para contener el torrente ruso no han cesado aún. Este día es, ante todo, la víspera del que va a llegar muy cargado a su vez de la inminencia del siguiente. Bástale, así y todo su razón.

PEDRO MOURLANE MICHELLENA.